

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS NACIONES COMO PROBLEMA HISTORIOGRÁFICO: EL CASO DEL MUNDO HISPÁNICO

Tomás PÉREZ VEJO

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS NACIONES: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

EL PROBLEMA DE LAS IDENTIDADES COLECTIVAS, y aquí entrarían fenómenos como los de los nacionalismos y, en épocas más recientes, los de los integrismos religiosos o los de las minorías étnico-culturales, ha sido uno de los más complejos y con mayor capacidad de desestabilización política al que han tenido que hacer frente las sociedades posteriores a la caída del antiguo régimen. Si los conflictos políticos de la modernidad han girado en torno a lo que Claus Offe ha denominado conflictos *interest-based*, *ideology-based* e *identity-based*¹ —reparto de recursos, derechos y organización social y definiciones colectivas—, parecería que ha resultado más fácil, relativamente, llegar a acuerdos sobre qué tenemos y qué pensamos que sobre qué somos, quizás porque los recursos y los derechos son negociables pero las identidades no.

Por lo que se refiere a la nación, disolución de antiguos imperios, guerras de independencia, unidades nacionales, guerras mundiales, nacionalismos separatistas... en todos ellos esta forma de identidad colectiva y organización política ha sido la protagonista principal. Tal como afirma

¹ OFFE, 1998.

Hobsbawm en *Naciones y nacionalismo desde 1870*, imaginándose un historiador intergaláctico llegado a la Tierra para investigar las causas de una supuesta catástrofe nuclear: “Nuestro observador, después de estudiar un poco, sacará la conclusión de que los últimos dos siglos de la historia humana del planeta Tierra son incomprensibles si no se entiende un poco el término ‘nación’”.²

Pocas objeciones caben a la afirmación de que la nación ha desempeñado un papel determinante —tanto en el plano político como, quizás sobre todo, en el de las mitologías colectivas— en la articulación de las sociedades humanas durante los dos últimos siglos. En un proceso iniciado a partir de la segunda mitad del siglo XVIII en occidente y que posteriormente se ha extendido al resto del planeta, la nación ha terminado por convertirse en la forma hegemónica y excluyente de identidad colectiva de la modernidad y en la principal, si no única, fuente de legitimación del poder político. Así lo reconoce explícitamente el ordenamiento jurídico internacional que considera a las comunidades nacionales como los únicos sujetos colectivos capaces de ejercitar determinados derechos políticos, el de autodeterminación por ejemplo, que por el contrario se niegan a otro tipo de colectividades, sean religiosas, ideológicas, económicas, históricas o mero fruto de la voluntad de los individuos que las componen. La nación se dibuja en el horizonte mental del hombre moderno como una realidad insoslayable, que configura y determina todos los aspectos de la vida colectiva, desde el carácter de las personas hasta las formas de expresión artística. Ser miembro de una nación se ha convertido en una necesidad ontológica capaz, pareciera, de condicionar por completo nuestra forma de ser y estar en el mundo.

A partir de finales del siglo XVIII nación y progreso se convirtieron en las nuevas religiones de occidente, desplazando al cristianismo como base del mito, la estética y la moralidad, las tres funciones de la religión según Hegel. Puede afirmarse que la historia de los dos últimos siglos en

² HOBBSAWM, 1991, p. 9.

occidente, y a partir del siglo XX en el conjunto del planeta, es la historia de las naciones e, incluso, que de los grandes mitos de la modernidad —el progreso, el triunfo de la razón, la lucha de clases...—, la nación es el único que parece haber sobrevivido indemne a las grandes convulsiones históricas del último siglo, de manera que la bondad de la nación como forma natural y deseable de organización social sigue gozando de un amplio consenso en la mayoría del planeta. La mejor prueba de esta hegemonía del paradigma de lo nacional en el mundo contemporáneo la tenemos en que si preguntásemos a varias personas, no definidas *a priori* como nacionalistas, sobre los siete puntos que según Smith definen el nacionalismo, a saber: la humanidad se divide naturalmente en naciones; cada nación posee su carácter peculiar; el origen de todo poder político es la nación, el conjunto de la colectividad; para conseguir su libertad y autorrealización, los hombres deben identificarse con una nación; las naciones sólo pueden realizarse plenamente dentro de sus propios estados; la lealtad hacia el Estado-nación se impone sobre otras lealtades; y la principal condición de la libertad y la armonía globales consiste en el fortalecimiento del Estado-nación,³ es muy probable que la mayoría se mostrase de acuerdo con muchas, si no con todas, estas afirmaciones. Es decir, que considerasen que la nación es la forma “natural” de organización de la vida política, que los hombres son fruto de la nación en la que nacen y que el respeto y reconocimiento de los derechos nacionales es condición indispensable para una vida internacional armoniosa. La nación goza, pues, de un alto consenso colectivo tanto sobre su realidad como sobre la bondad de su existencia. Es, sin duda alguna, la respuesta más exitosa a los problemas identitarios y de legitimación del ejercicio del poder en las sociedades posteriores a la caída del antiguo régimen.

La centralidad de la nación en la organización política de la modernidad ha ido acompañada de la asunción de un cierto carácter de naturalidad, o al menos de perenni-

³ SMITH, 1976.

dad histórica. Si en el plano socioeconómico las sociedades burguesas se han imaginado a sí mismas como “naturales”, liberadas al fin de las trabas que en el pasado habían impedido el libre desarrollo de las potencialidades humanas, el fin de la historia tiene un largo pasado antes de Fukuyama, en el plano político la nación ha tendido a asumir el mismo carácter, el fin de la historia sería, en este caso, la organización política de la humanidad en naciones, entendidas como unidades naturales, existiendo en el tiempo al margen incluso de la propia voluntad de los individuos que las componen, cuya finalidad última sería su conversión en Estados. Sólo a partir de las últimas décadas del siglo XX se han ido abriendo paso en los estudios sobre el hecho nacional dos ideas, en parte complementarias, que cuestionan radicalmente esta “naturalidad” de la nación: la historicidad del concepto de nación, la nación no es universal ni en el tiempo ni en el espacio, no ha existido siempre y podría dejar de existir en el futuro; y el carácter moderno de la nación como forma de organización social, la nación sería la respuesta histórica concreta a los problemas de identidad y de legitimación del ejercicio del poder creados por el desarrollo de la modernidad.⁴

⁴ La bibliografía sobre ambos aspectos es ya en estos momentos prácticamente inabarcable, por citar sólo los estudios más significativos, BREUILLY, 1990; GELLNER, 1997; ANDERSON, 1983; HOBBSAWM, 1991..., y de manera bastante compleja HROCH, 1985 (las fechas de las primeras ediciones son, respectivamente, 1982, 1983, 1983, 1990 y 1968. Estas fechas muestran cómo en los inicios de la década de los ochenta se produjo un auténtico giro epistemológico sobre el tema, las obras básicas se publicaron prácticamente en el mismo año, quedarían fuera las obras de Hroch, con una muy temprana edición en Praga, pero que es todavía tanto una reconstrucción de la formación de las clases sociales como de la nación y que apenas tuvo impacto hasta su traducción inglesa de 1983, y la de Hobsbawm, cuyo aporte teórico es bastante marginal). Casi como precursores habría que citar las tempranas obras de KEDOURIE, 1960 y WEBER, 1976. Ésta sería la que podríamos denominar corriente “modernista” en torno a la nación. Frente a éstos se situarían los “primordialistas”, para los que las naciones son realidades naturales, la corriente hegemónica hasta los años sesenta del siglo pasado. Para una crítica reciente de los primordialistas a los modernistas véanse ARMSTRONG, 1982, HASTINGS, 1997... Un poco a medio camino entre ambas corrientes habría

Sobre la historicidad de la nación no merece la pena detenerse demasiado. Afirmar que la nación, como cualquier otra forma de organización social, desde la familia monógama occidental hasta los grupos de edad de una tribu africana, es una construcción histórica, nacida en un tiempo y un espacio determinados y carente por completo de la naturalidad con que la vistió el nacionalismo romántico, historia y no naturaleza, es casi evidente en sí mismo. La nación es sólo una de las múltiples respuestas construidas por la humanidad a lo largo de la historia para distinguir entre un “ellos” y un “nosotros”, parece que, ésta sí, es una constante universal en nuestra especie.

Que la nación sea, palabras de Habermas, “una forma específicamente moderna de identidad colectiva” plantea más problemas, especialmente por la existencia del término desde fechas muy tempranas. En su versión latina, *natio*, es ya habitual en los textos tardo romanos y, posteriormente, en los distintos idiomas europeos medievales, latinos y no latinos. Sin embargo, no parece una objeción en la que sea preciso detenerse demasiado. El significado de los términos, como todo historiador sabe, cambia y se modifica a lo largo del tiempo. En su origen latino, y en el de los primeros siglos de los idiomas modernos europeos, nación tiene el sentido de descendencia o estirpe,⁵ con un marcado carácter biológico, aunque no exclusivo —se puede hablar de la nación de los labradores o de los soldados—, y exento de cualquier connotación jurídico-política. La nación es concebida como una entidad natural, cuyas relaciones con el ejercicio del poder, a diferencia de lo que ocurrirá más tarde, son muy tenues o incluso inexistentes. La primera vez que el término nación es utilizado para referirse a comunidades socio-jurídicas y no naturales, aunque conviviendo con el sentido de carácter biológico, es en la baja Edad Media, en los sínodos de la Iglesia, a los que los obis-

que situar la obra de Anthony D. Smith, SMITH, 1986. Para un análisis más detenido de estos aspectos véase PÉREZ VEJO, 1999a.

⁵ Para la evolución lingüística y conceptual del término nación en castellano, véase MARAVALL, 1986, pp. 467-473.

pos acuden agrupados por naciones que se corresponden con demarcaciones territoriales, generalmente antiguas provincias romanas, que adquieren así un carácter jurídico-administrativo. Posteriormente, el término comienza a ser utilizado para referirse a comunidades con cierto sentido político, todavía muy difuso. Covarrubias, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, publicado en Madrid en 1611, dice de nación que “vale reino o provincia extendida, como la nación española”, con lo que parece reducir el término a un sentido estrictamente geográfico, relacionado con la mayor o menor extensión del territorio a que se aplica. Para el *Diccionario de la Real Academia Española*, hasta la edición de 1884 y en la misma línea que Covarrubias, nación es “la colección de los habitantes en alguna provincia, país o reino”. Sólo a partir de la edición de este año adquiere carácter político y pasa a significar “estado o cuerpo político que reconoce un centro común supremo de gobierno” y “territorio que comprende, y aun sus individuos, tomados colectivamente, como conjunto”. Lo mismo ocurre en los demás idiomas europeos, en los que hasta el siglo XIX el término será utilizado predominantemente en el sentido de estirpe, grupo étnico o territorio extenso, sin las connotaciones políticas excluyentes que adquirirá más tarde.⁶ Es este carácter político excluyente el que mejor define la modernidad del concepto. La nación, que en el antiguo régimen había convivido con otras formas de identidad colectiva, solapándose a menudo con ellas —religiones, estamentos, grupos familiares, etc.— y había carecido de connotaciones políticas precisas, se convierte en las nuevas sociedades burguesas, en la única forma de legitimación del ejercicio del poder y, por lo tanto, en el fundamento último de la vida política misma. Nace así esa especie de pleonasma semántico que es el término Estado-nación. Pleonásmico en la medi-

⁶ Para resumen de la evolución del término nación en los diferentes idiomas europeos, HOBBSAWM, 1991, pp. 24-29. Obviamente los diccionarios recogen con cierto retraso, significados que en el lenguaje político habían aparecido antes, aunque, casi seguro, en ningún caso más allá de finales del siglo XVIII.

da en que si la nación es la única forma de legitimidad del ejercicio del poder todo Estado necesita una nación y toda nación aspira a un Estado, sea esto posible o incluso deseable. Es en este sentido en el que se puede, y debe, hablar de modernidad de la nación, no en el de la existencia de comunidades humanas que a lo largo de la historia han sido identificadas como naciones. Es la idea de una comunidad étnica, histórica, lingüística y culturalmente homogénea como fuente de legitimidad política la que no se remonta más allá de tres siglos y en un principio restringida prácticamente a Europa. El término nación existió anteriormente en la mayoría de los idiomas modernos europeos, pero con significado muy diferente del que comenzó a tener hacia finales del siglo XVIII, tanto por lo que se refiere a su sentido como, sobre todo, a su uso político.

La conversión de la nación en sujeto político plantea, sin embargo, enormes problemas. Nos encontramos ante un concepto social de definición imprecisa que “ocurre” en el universo subjetivo de los individuos y no en la realidad, una forma imaginaria de pertenencia.⁷ Esto no tendría que resultar demasiado conflictivo, toda identidad es posiblemente una ficción, salvo si se hace de la nación el fundamento último de legitimidad política, en cuyo caso nos encontramos con que toda la vida política de la modernidad descansa en una ficción de pertenencia. Y esto nos vuelve nuevamente al primer punto, al de la nación como construcción histórica. Para que esta ficción de pertenencia sea operativa políticamente la nación debe construirse antes en el imaginario colectivo. La nación no “es”, se “hace”. Las identidades colectivas son objetos simbólicos, contruidos en momentos históricos concretos y fruto de condiciones históricas determinadas. Y la nación es sólo la respuesta que las sociedades nacidas de las convulsiones del antiguo régimen dan al problema de la identidad y de la legitimación del ejercicio del poder político en el momento histórico concreto de las revoluciones liberales.

⁷ Sobre estos aspectos véase PÉREZ VEJO, 1999a.

La idea de la nación como construcción plantea retos especialmente interesantes desde el punto de vista de la historia. Si las naciones no son realidades objetivas, sino invenciones colectivas; no el fruto de una larga evolución histórica, sino el resultado de una relativamente rápida invención histórica; si no nacen, sino que se crean o, mejor, se inventan, este proceso de invención/construcción debería ser, necesariamente, algo observable y analizable, y su reconstrucción en un tiempo histórico concreto tendría que ser posible, siempre que se dispusiese de las herramientas analíticas pertinentes. El reto historiográfico sería tanto reconstruir el proceso de construcción de las diferentes naciones como mostrar, desde un punto de vista práctico, que la idea de las naciones como una creación imaginaria no es una mera elucubración teórica. Demostración más necesaria aún si consideramos que uno de los argumentos implícitos de los primordialistas más radicales contra los modernistas es precisamente la falta de análisis históricos concretos, cuando no incluso la falta de formación histórica. Es la afirmación explícita de Hastings, quien afirma, refiriéndose a Breully, Gellner y Anderson, algo así como los padres fundadores de las teorías modernistas sobre la nación, que “los más modernos teóricos del nacionalismo parecen poco versados en historia pura y ésta es la razón por la que, al hablar como historiador, considero que me enfrento principalmente a Hobsbawm”.⁸ La construcción de las naciones sería, desde este punto de vista, uno de los grandes retos historiográficos del siglo que acaba de comenzar. No como discusión teórica sino como demostración práctica; no ya en el campo de la teoría política sino en el de la historia.

LA CONSTRUCCIÓN DE LAS NACIONES EN EL MUNDO HISPÁNICO:
RETOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS

En uno de los libros seminales en las teorías modernas sobre la nación, el ya citado *Imagined Communities*, su autor,

⁸ HASTINGS, 1997, p. 12.

Benedict Anderson, afirma que las élites criollas hispano-americanas fueron pioneras en la construcción del nacionalismo moderno al crear las condiciones para la existencia de un vínculo de ciudadanía horizontal, que permitió el nacimiento de “una comunidad política imaginada”, la exitosa y repetida fórmula utilizada por este autor para definir la nación.⁹ Esto por sí sólo sería ya suficiente para que en los estudios sobre la construcción de las naciones el caso hispanoamericano ocupase un importante lugar. Además, Hispanoamérica fue el escenario de uno de los más tempranos, exitosos y masivos procesos de construcción de naciones que se conocen. En apenas 20 años, los que van de la independencia de Paraguay, en 1811, a la disgregación de la Gran Colombia, en 1830, ven la luz un total de quince nuevos Estados —16 si contamos a España, que como se intentará demostrar más adelante se construyó también como nación a partir de ese momento, y 17 si incluimos a Cuba, que aunque posterior a 1830 también entraría en este primer ciclo decimonónico—, cuya tarea más urgente va a ser la de construir las 17 correspondientes naciones, objetivo al que van a dedicar, con bastante éxito, lo mejor de sus esfuerzos. Sin embargo, la literatura internacional sobre naciones y nacionalismo ha prestado una relativa escasa atención al ámbito hispanoamericano.¹⁰ Escribo relativa en cuanto sí está presente, pero sin ocupar el lugar central que debiera y sobre todo sin que haya sido tomada como modelo para una teoría general sobre la nación. Se ha prestado bastante más atención a la construcción de naciones en Europa central, la Ruritania de Gellner, que, además de su menor importancia cuantitativa y carácter tardío, poco o nada tienen que ver con ese gran ciclo de construcción de naciones iniciado con la desintegración de la monarquía espa-

⁹ ANDERSON, 1983, cap. 4.

¹⁰ Esta afirmación puede parecer discutible, pero por poner un ejemplo, en el interesante estudio comparativo sobre la construcción de naciones en la era moderna de Liah Greenfeld (GREENFELD, 1992) se dedican largos capítulos a Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, ninguno al ámbito hispanoamericano, ni de forma individual ni colectiva.

ñola, salvo, quizás, que ambos ciclos tienen su origen en la desintegración de dos imperios.

Las historiografías locales, y hasta fechas recientes,¹¹ tampoco han prestado excesiva atención a los procesos de construcción nacional, ni a uno ni a otro lado del Atlántico. En el lado español porque los historiadores han estado más interesados en analizar la construcción de los nacionalismos periféricos —catalán, vasco y gallego principalmente, pero no sólo—, olvidándose del que, al menos por el momento, ha tenido más éxito de todos, que es el español. También por cierta tendencia subliminal a aceptar el propio discurso de la construcción nacional española, que asumió, desde sus orígenes, la idea de que España era la continuación histórica de la monarquía hispánica y de un largo pasado que se remontaba, al menos, a los reyes católicos, cuando no a Pelayo, al reino visigodo de Toledo o a Viriato. La construcción nacional era sencillamente la que la nacionalista historiografía decimonónica había narrado, una larga historia en la que la nación, como una planta de la naturaleza, prolongaba su existencia desde el más remoto pasado hasta el momento actual. Sin poner en cuestión lo que esto tiene de constructo nacionalista; sin querer o poder ver que difícilmente se puede hablar de nación española antes del fin del antiguo régimen; sin querer ni poder ver que el fin del imperio español plantea a las élites de uno y otro lado del Atlántico el mismo reto, que no es otro que el de construir la nación como sustituto del viejo principio de legitimidad monárquico muerto simbólicamente en Cádiz —recordemos que la Constitución de 1812 se hace en nombre de la nación y que ya en las discusiones de las Cortes los términos de monarquía y reino fueron desplazados por los de nación, patria y pueblo—; y sin querer

¹¹ En los últimos años ha habido una relativa proliferación de publicaciones relacionadas con este tema. Dado el amplísimo marco geográfico al que se está haciendo referencia y ante la disyuntiva de dejar a un lado estudios significativos o hacer un listado interminable de referencias bibliográficas, se omite cualquier tipo de bibliografía, tanto aquí como en el resto del artículo, sobre estudios de países. Véanse en este número algunos ejemplos y las referencias bibliográficas que las acompañan.

o poder ver que hablar de nación española antes de esa fecha es sencillamente una prueba de la eficacia del discurso nacionalista. En este sentido, que la nueva nación se haya construido en torno a un Estado ya existente y no a uno nuevo, es importante desde el punto de vista de construcción del Estado, pero no de construcción de la nación. El viejo Estado es monárquico, pero la nación, que poco o nada tenía que ver con las antiguas identidades peninsulares, hubo que construirla *ex novo*.¹² Todavía en 1839 Alcalá Galiano podía afirmar que el objetivo del liberalismo español seguía siendo el de “hacer la nación española, una nación, que ni lo es ni lo ha sido hasta ahora”.¹³ Y es uno de los que participaron en la elaboración de la Constitución de Cádiz quien lo está diciendo, uno de aquellos diputados que elaboraron una constitución en nombre de una nación que casi 20 años más tarde todavía no “era”.

En el lado americano del Atlántico las razones, salvo por lo que se refiere a los nacionalismos periféricos, tienen un poco el mismo origen. A todo nacionalismo le resulta difícil aceptar la idea de que a las naciones las construyen los

¹² Esto no quiere decir que no hubiese habido en épocas anteriores, especialmente entre las élites cortesanas, personas que se sintiesen españolas, sino que para la mayoría de la población ésta no era su identidad principal. Antes que español se era hidalgo, noble, miembro de un linaje determinado, castellano, aragonés, cristiano viejo, vizcaíno, montañés, etc., identidades todas ellas que podían solaparse sin demasiados conflictos. Pero sobre todo, ser español no tenía implicaciones políticas, la comunidad política estaba fundamentada en ser súbdito de un monarca, que ni siquiera simbólicamente era rey de España (el primero en utilizar oficialmente el título de rey de España fue José Bonaparte, hasta ese momento la denominación legal era la de los reyes de Castilla, de Aragón, de Jaén, de Sevilla y de Galicia y los señores de Vizcaya, de Molina de Aragón, etc.), y no miembros de una nación. El sujeto político era la monarquía católica, no la nación española. Significativo de la fractura que se produce a este respecto en las primeras décadas del siglo XIX es el hecho de que mientras los *Catecismos Políticos* publicados en torno a 1808 responden ya “español” a la pregunta de qué sois, las *Cartillas* publicadas unos pocos años antes respondían todavía “real vasallo del Rey de España”. MUÑOZ PÉREZ, 1987.

¹³ Publicado en “Índole de la Revolución en España”, en *Revista de Madrid*, recogido en ALCALÁ GALIANO, 1955, vol. II, pp. 309-325.

Estados, y no viceversa, por lo que, a pesar de las dificultades que entraña su mantenimiento, el mito de unas guerras de independencia —y no deja de ser significativo que éste sea el nombre finalmente asumido por la historiografía a pesar del componente de guerra civil o conflictos sociales que tuvieron— en el que unas naciones preexistentes se liberaron del dominio de una también preexistente nación española, sigue vigente. La hegemonía de un paradigma de pensamiento fuertemente nacionalista en la mayor parte de los ámbitos públicos latinoamericanos tampoco ha contribuido a crear condiciones favorables para este tipo de estudios. Todo ello explica que se haya prestado más atención a la construcción de los Estados que a la de las naciones, éstas simplemente ya existían; que se haya aceptado como válido el discurso, fabricado por los líderes de la independencia como arma de combate político, del enfrentamiento entre “españoles” y criollos; o que se haya prestado una desproporcionada atención a posibles formas de “pronacionalismo”, como el denominado patriotismo criollo mexicano, de una obvia relevancia histórica, pero que se mueven todavía en parámetros de identidad de antiguo régimen, no de tipo nacional (no está de más recordar aquí que para la Ilustración española “patria” y “nación” no sólo expresan conceptos distintos, sino incluso, antitéticos). El objetivo historiográfico ha sido la construcción de un relato mito-poético y teleológico en el que las independencias son imaginadas como guerras de liberación nacional. La paradoja es que parece liberarse lo que aún no existía, unas naciones que, lo mismo que en España, estaban todavía por construir. Unos pocos años más tarde de que Alcalá Galiano escribiera el texto que se citó antes “varios mexicanos”, también de perfil claramente liberal, podían afirmar, para explicar la derrota frente a las tropas de Estados Unidos, que “en México no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay Nación”.¹⁴

El reto es plantearse que en los inicios del siglo XIX las sociedades que formaban parte del imperio español a uno

¹⁴ *Consideraciones*, 1848.

y otro lado del Atlántico —y lo primero es no confundir imperio español con nación española—¹⁵ se encontraban en una especie de encrucijada. La identidad colectiva con sentido político por excelencia seguía siendo la monarquía, el ser súbditos del monarca católico, no la nación. Los ilustrados españoles, como Feijoo, hacen todavía una clara distinción entre patria —los que viven bajo las mismas leyes y el mismo gobierno¹⁶— y nación —comunidad basada en la historia, la cultura, las costumbres, los sentimientos y los modos de vida—, esta última carente de cualquier connotación política.¹⁷ Sin embargo, desde mediados del siglo XVIII, si no desde el momento mismo de la instauración borbónica, es también claramente perceptible la voluntad de construir una nación española que se confunda con una patria que incluya a todos los que viven bajo las leyes de la monarquía hispánica. En este sentido hay que entender fenómenos tan dispares como la fundación de instituciones

¹⁵ Como afirma Henry Kamen en un reciente estudio, KAMEN, 2003, una de las características más significativas de la empresa imperial de la monarquía hispánica es su carácter transnacional, aunque sería más preciso decir prenatal. Este carácter “internacional” ya había sido destacado antes por Bennassar, quien tras analizar el alto número de flamencos e italianos en la corte de Felipe II concluye que “parece, pues, legítimo afirmar que la España del apogeo [...] fue dirigida por una verdadera ‘Internacional’, tanto si se trata de los monarcas y sus consejeros como de los jefes militares o financieros”. BENNASSAR, 1989, vol. I, p. 379.

¹⁶ Sin embargo, el significado exacto de patria en el ámbito hispánico es de una complejidad extrema ya que desde muy pronto tiene también el sentido de tierra natal (“la tierra donde uno ha nacido” para el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias en 1611; “el lugar, ciudad o País en que se ha nacido” para el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española en 1726). Complejidad que se vuelve más enojosa porque en este mismo ámbito cultural el concepto de nación tiende, a pesar de la distinción de Feijoo, a asociarse a patria, con el sentido precisamente de tierra donde se ha nacido.

¹⁷ Cadalso en *Cartas Marruecas* hablará de las nueve naciones que componen la patria española: cántabros, asturianos, gallegos, castellanos, extremeños, andaluces, murcianos y valencianos, catalanes y aragoneses. Para el significado de los términos patria y nación en Feijoo en particular, y en los ilustrados españoles en general, ÁLVAREZ DE MIRANDA, 1992, pp. 211-269.

nacionalizadoras del imaginario cuyo ámbito de influencia se extiende al conjunto de la monarquía (Biblioteca Real, Real Academia de la Historia, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Real Academia de la Lengua, etc.);¹⁸ la reordenación de los archivos de Simancas y de Indias como los de la nación española; el diseño de una “bandera nacional”, es la expresión literal que emplea el decreto de 1785, para la marina (acabará siendo la bandera española) en la que falta cualquier tipo de alusión a la monarquía, sea el blanco borbónico o las flores de lis, como era tradicional; o que en el nuevo Palacio Real de Madrid se represente una genealogía imaginaria de la monarquía hispánica en la que, junto a los previsibles reyes godos, asturianos, navarros, leoneses, castellanos y aragoneses, tienen cabida también los últimos emperadores azteca e inca (y estamos ante una genealogía de tipo nacional, no ante una mera cuestión territorial, tal como prueba el hecho de que no se incluya a ninguno de los reyes musulmanes de la Península).

Pero la sustitución de viejas identidades resulta siempre conflictiva, especialmente cuando, como en este caso, va acompañada de la necesidad de extender el sentimiento de nación a territorios y poblaciones caracterizados por su enorme extensión y disparidad. Pudo tener, incluso, efectos contraproducentes por lo que se refiere a los territorios americanos de la corona ya que el diferente ritmo de “nacionalización” hizo que, de forma difusa, pero no por ello menos real, fueran imaginados por primera vez por las élites peninsulares, no como reinos bajo el gobierno del monarca, sino como colonias de una todavía vaga nación española.

El brusco colapso de la monarquía agudizó estos problemas y generó una situación nueva que acabó por dinamitar toda la estructura anterior. La legitimidad dinástica fue sustituida, de golpe, por otra de nuevo cuño, la nación, poniendo a ésta en el primer plano de la agenda política. Fue ya en su nombre que las Cortes de Cádiz elaboraron la nue-

¹⁸ Nótese que el término Real con el que se titulan estas instituciones va a ser sustituido en las nuevas naciones, con algunas excepciones en el caso de España, por el de Nacional.

va Constitución y no en el del monarca. El problema era que la nación no estaba todavía ni a medio construir. A la altura de 1812, como muy bien vio François-Xavier Guerra,¹⁹ de la nación se sabía muy poco, y menos de cada una de las naciones concretas. Algo que los diputados gaditanos pudieron comprobar cuando, en estas mismas Cortes de Cádiz, tuvieron que definir quiénes formaban parte de la nación española. ¿Eran españoles, los americanos? Decidieron que los “españoles” de América, es decir los blancos, sí; las castas no. Pero esto era sólo una cuestión de casuística legal, el problema de fondo era la definición de esa nación española invocada como sujeto de soberanía y que estaba desplazando al monarca en el nuevo imaginario político; era imaginarse como españoles o como súbditos del rey. E imaginarse como españoles no era una realidad, era una elección, tal como mostrarían poco después los “españoles” de América y apenas un siglo más tarde, en la Península, los nacionalismos periféricos. Para imaginarse como españoles —o como mexicanos, o como argentinos, o como vascos, o como...— había que construir antes la nación y hacerla visible en el imaginario colectivo de cada comunidad nacional.

Lo ocurrido en los territorios de la monarquía hispánica puede parecer, en una primera aproximación, completamente paradójico; primero se proclamaron Estados en nombre de naciones inexistentes y después se construyeron éstas. Sin embargo, la situación de las nuevas naciones surgidas de las ruinas del viejo imperio no era muy diferente a la enunciada 50 años más tarde por el diputado Massimo d'Azeglio en la primera reunión del Parlamento de la recién unificada Italia: “Hemos hecho a Italia, ahora tenemos que hacer a los italianos”. Se había hecho el Estado, pero se necesitaba hacer la nación. Y éste era el reto al que los nuevos Estados hispanoamericanos, a uno y otro lado del Atlántico, tuvieron que hacer frente en los inicios del siglo XIX, construir un imaginario en el que el monarca fuese desplazado por la nación como fuente y origen de toda legitimidad política. El reto historiográfico es reconstruir, co-

¹⁹ GUERRA, 1992.

mo hicieron los nuevos Estados, las distintas naciones y convencer a sus ciudadanos de que eran, no hijos de un monarca, sino hermanos en una nación.

La primera gran cuestión es por qué si en las nuevas naciones, especialmente en las de la orilla occidental del Atlántico, se daban las condiciones óptimas para haber construido naciones cívicas, de carácter voluntarista, según el que podemos llamar, para simplificar, modelo francés, sin embargo, se impusieron naciones esencialistas, de tipo étnico-cultural, al que, también para simplificar, podemos denominar modelo alemán.²⁰ La nación finalmente resultante en la mayoría de los países hispánicos, y habría que ver si no en todos, no fue “funcional”, una comunidad abstracta que encuentra su justificación en la capacidad para garantizar los derechos de los ciudadanos, la nación como proyecto de futuro, como voluntad; sino una nación que encuentra su justificación en la realización de ella misma, como proyecto de pasado y como obligación.²¹ Ninguno de los elementos de la gran trilogía romántica sobre la nación (raza-lengua-historia) con la que se construyó el nacionalis-

²⁰ La terminología sobre estos dos tipos ideales de nación es sumamente imprecisa, KOHN, 1944 y PLAMENATZ, 1973 hablan de modelos oriental y occidental; FRANCIS, 1976 de modelos demótico y étnico; SMITH, 1991 de uno occidental o cívico y otro étnico, aunque este autor llegará incluso a hablar de tres tipos distintos de nación y no de dos. SMITH, 1994 básicamente refleja la distinción entre un concepto de nación de tipo voluntarista —político— y otro en el que predominan los lazos de obligatoriedad —étnico-cultural.

²¹ Es ésta una afirmación polémica y sumamente discutible. Uno de los mejores conocedores del tema, François-Xavier Guerra, afirma justamente lo contrario: “El fundamento de la nación no será, pues, cultural sino esencialmente político, es decir se fundará, como en la Francia revolucionaria, en una unión de voluntades. Pero a diferencia de Francia no se trata aquí de voluntades individuales, sino de voluntades de los ‘pueblos’”. GUERRA, 1994, p. 224. No es éste el marco para entrar en un debate de estas características, sí para llamar la atención sobre el hecho de que remitirse a una voluntad colectiva preexistente, los pueblos en este caso, plantea algunas dudas sobre la supuesta “voluntariedad”, los pueblos son ya un *a priori* de pertenencia; tampoco sobre la realidad, más allá de las definiciones teóricas, de la distinción entre ambos tipos de nación. Sobre este último aspecto véase la nota siguiente.

mo étnico-cultural estaba en principio disponible en las nuevas naciones; ninguno de los rasgos utilizados por el romanticismo como elemento de identificación nacional servía en el caso americano. Los diferentes proyectos nacionales se encontraron, por el contrario, con poblaciones fenotípicamente diferenciadas, con diversos grados de mestizajes; con lenguas que no se correspondían con el territorio nacional, por defecto —lenguas indígenas— o por exceso —el español común a todo el ámbito de la monarquía—; y con historias fragmentadas en función del grupo étnico-cultural de pertenencia. Sin embargo da la impresión, y esto es algo que los estudios de cada caso concreto tendrán que esclarecer, de que el proceso de construcción nacional en las distintas repúblicas hispanoamericanas, y desde luego en el caso de España, apostó por una nación de tipo esencialista, a pesar de las dificultades que ello entrañaba: se construyeron imaginarios en torno a la uniformidad étnica nacional —la “nación mestiza” en México, la “nación blanca” en Argentina, la “nación café con leche” en Venezuela...—; se territorializó la historia de manera que todo lo ocurrido en el territorio delimitado por las fronteras de los nuevos estados se convirtió en el pasado de la nación misma, en una genealogía definida no por la sangre, sino por la tierra; se sustituyó la lengua por la cultura popular como expresión del alma de la nación —aunque aquí el asunto es verdaderamente complejo ya que la lengua sirvió para cimentar la idea de la existencia de una comunidad latinoamericana de naciones, un mito operativo en gran parte del continente y que ha sido capaz de mantenerse, con diferentes intensidades y características, a lo largo de casi dos siglos de vida independiente. Es como si en el plano mítico las naciones locales coexistiesen con una “nación” latinoamericana—; y, en general, se afirmó la existencia de comunidades nacionales “objetivas” en las que la necesaria construcción de la nación se presentaba como una necesidad histórica y no como un acto de voluntad cívica. La nación se construía en el tiempo, y aquí era Renan quien triunfaba, pero existía un algo intangible, un “alma nacional”, previa a la voluntad de los individuos, que empujaba esta construcción

nacional, y aquí era la larga sombra de Herder la que indicaba el camino.

Quizás sea la territorialización de la historia la que mejor muestra la fuerza de estos procesos. Allí donde fueron más sofisticados, como los casos de México y España, todo el pasado se articuló en un relato que mostraba la existencia de una nación intemporal. No había construcción de la nación, ésta existía ya desde el origen de los tiempos, Viriato era tan español como Cuauhtémoc mexicano, a pesar de que uno y otro poco o nada tenían que ver con los españoles y mexicanos contemporáneos. La nación, personificada como una heroína romántica, gozaba, sufría, pasaba por momentos de esplendor y decadencia... atravesaba en definitiva los siglos como una tribu errante del tiempo, siempre fiel a su propia mismidad. Y así la nación española recuperaba su unidad nacional tras ocho siglos de lucha contra los musulmanes —parece difícil mantener seriamente que quien habita ocho siglos un territorio es sólo un usurpador ajeno al ser nacional, pero no lo es menos confundir las estrategias dinásticas de los monarcas castellanos y aragoneses con intereses nacionales—; mientras que el imperio azteca se convertía en una nación mexicana que se confundía con México mismo, su derrota a manos de Cortés en la derrota de México por España y la guerra de independencia en la venganza de lo ocurrido tres siglos antes —aunque los vengadores fuesen los descendientes de los antaño vencedores, se vengaban de sí mismos. Los casos de México y España resultan especialmente llamativos por la perfecta articulación teleológica del discurso mito-historiográfico, pero en mayor o menor medida todos los demás Estados articularon una historia nacional en la que todo el pasado ocurrido dentro de las fronteras nacionales fue incluido en un relato de origen dotado de coherencia y fuerza dramática.

La importancia de esta apuesta en las construcciones nacionales hispánicas por una nación de tipo étnico-cultural, en sociedades que reunían muy pocas condiciones para la construcción de este tipo de naciones y casi todas para la de naciones voluntaristas de tipo político, plantea con gran fuerza

la pregunta sobre hasta qué punto la distinción entre estos dos conceptos de nación —un lugar común de los estudios sobre el tema— no es una mera ficción ideológica y que las similitudes entre ambas serían mayores que las diferencias.²² ¿Muestra esto la necesidad en toda identidad colectiva de un componente mítico que vaya más allá de la mera voluntad individual, eso que ya el reaccionario francés Joseph de Maistre había enunciado con toda crudeza en la expresión de que a una constitución se la puede obedecer, pero no querer? Es una duda razonable sobre la que un mejor conocimiento de los procesos de construcción nacional en el mundo hispánico podría arrojar alguna luz. Que se construyan naciones étnico-culturales en el ámbito centroeuropeo se puede considerar una fatalidad histórica, que ocurra lo mismo en Hispanoamérica plantea interesantes preguntas sobre la forma en la que se han construido las identidades colectivas de la modernidad y las hipotéticas necesidades de ingredientes míticos en toda identidad colectiva.

Reconstruir la construcción de las naciones en el ámbito hispánico adquiere así, también, un fuerte componente teórico. No es sólo un ejercicio de descripción histórica, por lo demás a estas alturas absolutamente necesario —ya a las puertas del segundo centenario de las independencias parecería llegado el momento de abandonar la idea de éstas como una lucha de naciones—; sino que permitiría explicar mejor aspectos como la construcción del concepto moderno de nación en occidente o la fuerza que el nacionalismo como discurso político ha tenido y tiene en la vida pública de las naciones hispanoamericanas.

¿CÓMO SE CONSTRUYERON LAS NACIONES EN HISPANOAMÉRICA?:

MATERIALES PARA UNA HISTORIA NO ESCRITA

“Si me dejan escribir todas las baladas de una nación, no me importa quién escriba las leyes.” Esta afirmación de An-

²² Para un análisis más detenido de estos aspectos véase PÉREZ VEJO, 1999, pp. 173 y ss.

drew Fletcher resume de manera casi perfecta todo lo que se va a decir a continuación. Las naciones se inventan, o si se prefiere se construyen, no a partir de decretos y de formas políticas, sino de valores simbólicos y culturales. La construcción de una nación es un asunto político en cuanto a sus causas y consecuencias, pero no en cuanto a la forma como se lleva a cabo. Es un proceso mental cuyo funcionamiento tiene más que ver con el desarrollo de modelos culturales que con la actividad política propiamente dicha. Sentirse miembro de una nación es una cuestión de imágenes mentales, de “comunidad imaginada”, que forma parte del campo de la historia de la cultura y no del de la política (Hobsbawm califica de hecho a las naciones como “artefactos culturales inventados”).²³ Esto no excluye, por supuesto, que estas imágenes mentales sean utilizadas como arma política, como forma de acceso y control del poder, “es por una construcción imaginaria como la conciencia crea la nación y, luego, es por una construcción práctica como una entidad política refuerza la nación y la sostiene”.²⁴ Enfocarlo desde esta perspectiva significa aceptar tres supuestos en parte complementarios: la construcción de una identidad nacional es en gran parte una creación ideológica de tipo literario; las expresiones de este proceso de identificación colectiva pueden ser analizados de forma más precisa en el campo de la cultura que en el estrictamente político; y la construcción de las naciones entraría en lo que, siguiendo a Braudel, podemos denominar hechos de larga duración, por lo que los estudios de este tipo deben moverse en ámbitos cronológicos amplios, que abarquen procesos cuyos orígenes se remontan a antes de las independencias y se prolongan a mucho después de proclamadas éstas.

Esto supone, por otra parte, situar a la *intelligentsia* en el centro del problema nacional, como constructora, legitimadora y canalizadora de la conciencia nacional; autora colectiva de ese personaje literario que sería toda nación. Literatos, historiadores, periodistas, profesores, funciona-

²³ HOBBSAWM, 1991.

²⁴ DELANNOI, 1993, p. 11.

rios de las nuevas burocracias estatales y, en general, todo un difuso grupo de “especialistas” del trabajo intelectual, formarán el caldo de cultivo idóneo para el nacimiento y desarrollo de una identidad colectiva de tipo nacional. Es en ellos, en sus obras y en sus estrategias en donde debe buscarse el cómo y el cuándo se construyó la nación.

Pero no todos los modelos de construcción de naciones son iguales. El nacimiento de una identidad nacional es el resultado de un proceso de socialización mediante el cual los individuos aceptan una serie de normas y valores como propios y los interiorizan como cauce de todo su comportamiento social; el fruto de una determinada coerción ideológica. Este proceso puede seguir cauces y formas diversas. Para lo que aquí nos interesa, y sin mayores ambiciones de precisión conceptual, la coerción ideológica puede llevarse a cabo de dos formas completamente diferentes: la que se ejerce a la sombra de un Estado ya existente, tutelada y promovida por éste como legitimación de su poder, lo que Seton Watson ha llamado nacionalismos “oficiales”,²⁵ y la que se hace contra el Estado existente, por grupos con cierta capacidad de poder, aunque no sea el estatal, que entran en competencia con éste, lo que les lleva a buscar el establecimiento de un Estado alternativo.

En el ámbito hispánico, en el lado español estaríamos ante un ejemplo claro del primer caso, en el americano ante una extraña mezcla de ambos. En el lado occidental del Atlántico habría habido un primer momento de oposición al Estado existente al que seguirían, muy rápidamente, construcciones nacionales de primer tipo ya a la sombra de los nuevos Estados. Sin embargo, la primera fase es más teórica que real, las luchas independentistas fueron demasiado cortas para que se pueda buscar en ellas un proceso de construcción nacional y, sobre todo, resulta difícil descubrir en los primeros momentos una voluntad clara de esto. Se ha prestado muy poca atención a las declaraciones de fidelidad al monarca de algunos de los primeros líderes independentistas, viendo en ellas un mero subterfugio para

²⁵ SETON-WATSON, 1977.

ganarse adeptos, cuando lo realmente relevante es que tuviesen que recurrir a este tipo de subterfugios, si es que lo fueron, pues estarían mostrando la dificultad para enfrentarse a una situación en la que la nación desplazaba al monarca. Es el vacío de poder, y de legitimidad, generado por el colapso del Estado el que permite que formas de poder alternativas ocupen su lugar y es a partir de aquí de donde se construye la nación. Pero las construcciones nacionales, como ya se ha dicho antes, son procesos de larga duración, de ámbito cronológico amplio, cuyo estudio no puede reducirse a la corta duración histórica. Habría que ver cómo se construyeron las formas de identidad colectiva previas a la independencia que aunque, como ya también se ha dicho, no puedan ser consideradas “protonacionales”, sí fueron el marco en el que las nuevas identidades colectivas de tipo nacional se desarrollaron; y habría, sobre todo, que prolongar la investigación hasta nuestros días. La nación es, como quería Renan, un plebiscito cotidiano, pero porque es una construcción cotidiana.

Hechas estas salvedades, estaríamos básicamente, en el caso hispanoamericano, ante construcciones nacionales del segundo tipo, las construidas a la sombra de un Estado existente. En este caso, el de los nacionalismos “oficiales”, hay que privilegiar como objeto de estudio aquellas formas de expresión más directamente controladas por el Estado: el arte y la cultura oficial. No sólo, aunque también, porque esta tutela estatal permita una lectura inmediata del discurso nacionalizador del Estado, sino, y sobre todo porque, como norma general, en estos casos la construcción de una identidad nacional aparece ligada al desarrollo de una alta cultura alfabetizada, gestada en torno a los círculos de la burocracia estatal, que es promovida a la categoría de cultura nacional. La nación es forjada por las instituciones estatales y en torno a sus expresiones culturales; sobre la cultura oficial y contra las culturas populares. Es por tanto en aquella donde, en el caso de los nacionalismos “oficiales”, hay que rastrear el proceso de construcción/invención de la nación. Simplificando, y con múltiples matices, podríamos decir que los nacionalismos oficiales encuentran su base

última en la historia, codificada por las instituciones estatales como nacional y en la que el pasado de la nación se confunde con el del Estado; los no oficiales en la etnografía, concebida como el estudio, codificación e idealización de las culturas campesinas hasta convertirlas en el fundamento de la cultura nacional.

Éste es un esquema que funciona perfectamente en el caso español, donde el Estado utilizó la historia como elemento de construcción nacional y donde la historia de la monarquía hispánica se confunde con la de la nación española, de ahí el carácter simbólico que la historiografía decimonónica otorga al matrimonio de los reyes católicos. Sin embargo, en el lado occidental del Atlántico el proceso fue más complejo, por un lado, porque la mayoría de las nuevas naciones no podían recurrir a la existencia de Estados previos y menos a Estados que pudieran corresponderse con sus actuales límites, lo más parecido a estructuras protoestatales propias eran las divisiones coloniales y no eran precisamente lo más apropiado para fundar un mito de origen; por otro, porque la alta cultura era básicamente española, de aquí que, a pesar de este carácter oficial, sean en muchos casos las culturas populares las que acaben siendo elevadas a fundamento de nacionalidad, desde el gauchismo argentino hasta el indigenismo mexicano.

Sin embargo, en ambos casos tenemos que poner al Estado en el centro del proceso de construcción nacional. Son las diversas estrategias estatales las que nos van a permitir reconstruir las formas en que las diferentes naciones acabaron dibujándose como tales en el imaginario colectivo de cada nueva comunidad nacional. Pero las fuentes no pueden ser las habituales de los estudios sobre el Estado. No son los decretos, ni las leyes, ni siquiera las constituciones, las que deben llamar nuestra atención. Estamos hablando de baladas, no de normas políticas. Son las diferentes formas de expresión cultural, de la música a la historia, de la literatura a la pintura, las que nos pueden servir de guía para descubrir la forma en que ser miembro de una nación se convirtió en algo natural para poblaciones que sólo unos años antes se sentían básicamente súbditos de un

monarca y para las que el término nación hacía referencia únicamente a un sentido biológico-racial.

Antes de seguir adelante, en busca de nuevas fuentes y métodos de análisis, es necesario preguntarse qué es lo que tenemos que reconstruir, cuáles son los principales retos historiográficos que la construcción de las naciones en el mundo hispánico plantea.

Primero, por qué unas naciones y no otras. Se puede afirmar que la historia de cada nación concreta es un cementerio de otras naciones posibles, de otras comunidades imaginarias posibles; que por cada nación finalmente existente hay varias decenas de otras que se perdieron en algún momento en el camino de la historia. En el amplio ámbito geográfico de la monarquía hispánica las naciones posibles eran múltiples. Las opciones eran numerosas y variadas. En un extremo una nación que hubiese abarcado todo el conjunto de la monarquía, en el otro una balcanización centroamericana extendida al conjunto de los territorios de uno y otro lado del Atlántico, en medio... todas las opciones imaginables. No nos sirven ni las explicaciones nacionalistas —la nación estaba ahí como una bella durmiente esperando el beso incestuoso del padre de la patria que la despertase— ni tampoco el mero azar histórico. Hay que reconstruir las redes, las afinidades, los intereses y las estrategias que ligaban a las élites antes y después de la construcción de los nuevos Estados. Fueron ellas las que construyeron las naciones, pero no como resultado de una elección libérrima. Eran a su vez prisioneras de una visión del mundo, de un imaginario que había construido memorias, identidades, afinidades históricas y culturales, desde mucho antes de que la nación estallase como problema en 1812.

Segundo, cómo se construyó y difundió una historia nacional, la lógica interna de la narración. Una nación es sólo la fe en un relato que nos dice quiénes somos, quiénes son nuestros antepasados y quiénes no. Un relato capaz de crear una comunidad de vivos y muertos en la que los derechos de los muertos son tan importantes como los de los vivos. La explicación última de la existencia de naciones diferentes sería la existencia de historias nacionales diferen-

tes. Una afirmación que, a pesar de su aparente evidencia, es una mera tautología. Sería mucho más preciso afirmar que existen historias nacionales diferentes porque previamente un poder político afirma la existencia de naciones diferentes. La comunidad imaginada no es una realidad, es una elección, una construcción que otorga coherencia al pasado en función del presente. Entre los infinitos hechos del pasado se eligen aquellos que resultan operativos para la construcción de la nación y se desechan otros. Con Estados diferentes las historias nacionales escritas en el siglo XIX hubiesen sido otras.

Tercero, cómo se construyó una cultura nacional. Se ha hecho poco hincapié en la artificiosidad de las llamadas culturas nacionales, basadas en la idea de la tradición. Las culturas nacionales se construyen contra las culturas locales existentes, son en sentido literal una invención.²⁶ La forma en que se difundieron determinados tipos populares, música, formas de habla, "tradiciones", cánones literarios, panteones culturales... forman también parte de la construcción de la nación.

Cuarto, la homogeneización nacional. Las sociedades prenacionales eran enormemente heterogéneas, fragmentadas por divisiones, étnicas, culturales, legales, etc., pero la uniformidad no era necesaria, ni siquiera deseable. Las sociedades nacionales son, por el contrario, al menos en el plano imaginario, sociedades de iguales en las que la homogeneidad se convierte en condición imprescindible para la afirmación de la democracia y las formas representativas de gobierno. Otro vestigio de la construcción nacional que es preciso reconstruir es cómo una sociedad de desiguales se convirtió en una sociedad de iguales, y no sólo ante la ley; cómo se paso de súbditos, diferentes, de un monarca a ciudadanos, iguales, de una nación.

Y quinto, los diferentes tiempos sociales en los procesos de construcción nacional. La nación se construye desde las élites hacia abajo. Es en gran parte un proceso de aculturación, de sustitución de identidades tradicionales por una

²⁶ HOBBSAWM y RANGER, 1983.

nueva identidad normalizada construida a la sombra del poder político. Pero la forma como se lleva a cabo no es homogénea, afecta en tiempos distintos a diferentes grupos sociales y geográficos. Es necesario establecer las diferentes fases sociales en el proceso de nacionalización y sus particulares calendarios.

Éstas son las preguntas. Para su respuesta son necesarias nuevas fuentes y, sobre todo, un uso diferente de ellas, que nos permita descifrar la manera en que se produjo la homogeneización, imaginaria, de poblaciones fragmentadas por diferencias sociales, culturales y raciales...; que nos permita ver la forma en que se territorializó la historia hasta convertirse en un relato coherente de cada una de las comunidades nacionales; que nos permita trazar las redes que en el interior de la vasta monarquía española crearon sentidos de pertenencia particularizados; que nos muestre cómo los nuevos territorios nacionales se fueron dibujando con formas concretas.

Entre estas nuevas-viejas fuentes, la historia, o mejor dicho la forma como la historia ha sido escrita, tiene un lugar privilegiado. Es la historiografía nacional, la construcción de una historia nacional canónica, la que mostraría de forma más clara las líneas maestras de esta imagen de la nación. Son las grandes historias nacionales, de las que tan pródigo fue el siglo XIX, las principales responsables del nacimiento de las naciones y es en ellas donde hay que buscar cómo fue forjada la nación. Obviamente estas historias tienen muy poco o nada que ver con la historia tal como hoy la entendemos, al menos en los ámbitos académicos. Desde la perspectiva de la identidad nacional la historia no es sólo, y posiblemente ni siquiera de forma prioritaria, la recuperación del pasado, o la invención de ese mismo pasado si se quiere, sino un elemento de cohesión, de rememoración de ese pasado como imagen del presente. Lo que hace real a la historia es su capacidad de influencia sobre la vida actual; su capacidad de hacer del relato de un hecho del pasado una narración con significado simbólico, de convertir cada hecho histórico en punto de encuentro entre el arquetipo y la coyuntura, entre un legado de imáge-

nes y unos individuos y acontecimientos concretos. El éxito de la nación estriba, en gran parte, en su capacidad mitogénica, en su capacidad para convertir la propia historia de la comunidad en un mito omnicomprensivo que da sentido a las vidas individuales, tal como los grandes mitos religiosos lo habían hecho en el pasado. Todo relato mítico, y más si versa sobre los orígenes, posee un matiz de comunión, de unión de los vivos y los muertos, de apropiación del pasado y de integración en ese pasado común. Por esto no importa tanto la historia erudita como la historia vivida, la que se ritualiza a través de conmemoraciones y aniversarios, la que se hace piedra y bronce en los monumentos públicos, la que se transmite en los libros de texto, la que se plasma en las imágenes de los cuadros académicos y en los grabados de las revistas... y, sobre todo, la historia que se reitera, la imagen que se repite. En un estudio de historia de las mentalidades lo significativo no es el dato aislado, sino la reiteración estadísticamente representativa. Sin embargo, ocurre que la historia, incluso en un siglo tan historiográfico como el XIX, posee un carácter restringido, erudito, cuya capacidad de difusión es siempre muy limitada. Será mediante otros medios de comunicación de masas como la imagen construida del pasado llegará al gran público, y aquí aparecen otros nuevos actores, la literatura, la pintura, etcétera.

La literatura, en especial la del siglo XIX, pero no únicamente, encuentra en la historia inspiración para sus novelas y dramas difundiendo entre un público mucho más amplio que el de los lectores de libros de historia, los arquetipos nacionales construidos por los historiadores. Contribuye a la invención de narrativas colectivas en las que "los miembros de la comunidad se relatan unos a otros los cuentos que han aprendido sobre sí mismos, su nación y su historia".²⁷ Es el espejo imaginario en el que la nación se

²⁷ JUSDANIS, 1990, p. 28. La obra de este autor es un ejemplo espléndido de las posibilidades del uso de la literatura en los procesos de construcción nacional, aplicado en este caso al nacionalismo griego. Benedict Anderson insiste también en esta idea. ANDERSON, 1983, cap. 2.

reflejó a sí misma y a su historia y en el que los individuos se reconocieron como miembros de una comunidad nacional, creando universos mentales compartidos que tienen un importante lugar en la invención y difusión del relato de la nación. Pero la literatura no sólo es importante en cuanto difusora del relato histórico. La forma como se construye un canon literario nacional y sus características más relevantes y significativas tiene también una importancia decisiva en la definición de la nación.

La pintura de historia académica es por su parte una fuente especialmente útil en este tipo de investigaciones. Las razones son varias: el peso de las imágenes en el modelado de determinada percepción del mundo, posiblemente muy superior al de otras formas de expresión; la politización de la pintura en la época moderna y contemporánea, mayor, sin duda, que la de otras formas de expresión artística —la escritura de una novela es un acto casi privado, la pintura de un gran cuadro académico sólo es posible con el patrocinio estatal—; la función directamente legitimadora que las imágenes han tenido a lo largo de la historia; la plasmación de muchas otras formas de expresión —historia, literatura, romances, leyendas— en obras plásticas, y finalmente, las características de la pintura de historia, una pintura ideológica —su finalidad exclusiva parece dar una imagen del pasado histórico de la nación— controlada desde sus orígenes por el Estado.²⁸

Pero una nación no se construye sólo con historia. Todos los rasgos diferenciales de carácter objetivo que pueden definir una nación, lengua, costumbres, raza, la propia historia..., resultan inermes hasta el momento en que son asumidos como tales por la comunidad. No pueden quedarse en la mera proyección subjetiva de unas diferencias más o menos objetivas, sino que tiene que asumir un carácter colectivo, de aquí la importancia en el desarrollo de una identidad

²⁸ Para una exposición más amplia de la utilidad de la pintura de historia en este tipo de investigaciones véase PÉREZ VEJO, 2001 y 1999a. Para algunos ejemplos concretos del uso de la pintura de historia desde esta perspectiva, PÉREZ VEJO, 1999b y 2001a.

nacional de los mecanismos de producción y reproducción de la conciencia social: élites intelectuales, sistemas de enseñanza, medios de comunicación de masas, hitos históricos, mitos, símbolos, rituales de cohesión...

Es necesario reconstruir las formas de identidad de las élites intelectuales en el mundo hispánico previo al momento de la independencia, su mundo simbólico y las redes burocráticas en las que se integraban, fuesen éstas religiosas o laicas. Fueron estas élites, especialmente las que tuvieron que ver con las burocracias administrativas, las principales responsables de la construcción de la nación y del mapa final de naciones resultantes. Toda unidad administrativa, sea del tipo que sea —audiencias, virreinos, cabildos, obispados...— crea sentido, al modo en que, como ha explicado el antropólogo Víctor Turner en *The Forest of Symbols, Aspects of Ndembu Ritual*,²⁹ el trayecto entre los tiempos, las condiciones y los lugares crea también sentido. Todo trayecto exige una interpretación, el ejemplo más claro serían las grandes peregrinaciones religiosas —Roma, La Meca, Benarés, Santiago...— a las que llegaban, o llegan, peregrinos que, salvo esa peregrinación, están privados de todo vínculo entre sí, pero a los que esa peregrinación permite delimitar los que forman parte de la comunidad y los que no. El proceso sería el mismo para los cada vez más numerosos funcionarios del imperio español, estuviesen al servicio de la corona o de la Iglesia, sería su “peregrinación” administrativa la que les permitiría delimitar un “nosotros” y un “ellos”. La diferencia es que en este caso los ámbitos administrativos creadores de pertenencia estaban fragmentados. Sólo para una pequeña élite, los altos funcionarios seculares o religiosos, el ámbito administrativo era el del conjunto de la monarquía, y es aquí y no en una supuesta identidad criolla o peninsular donde hay que buscar el que estos altos funcionarios se decanten casi siempre en favor de los realistas. Para la mayoría, su sentido de pertenencia, el marco de su peregrinación, los puntos de referencia que

²⁹ TURNER, 1967.

crean sentido, era mucho más reducido.³⁰ Es necesario reconstruir estos caminos burocráticos, las redes transitadas, para entender el diseño final de las naciones en que se fragmentó el imperio, para entender por qué, a pesar del sueño bolivariano, la América española se convirtió en un mosaico de naciones y por qué fueron finalmente éstas las que lograron dibujarse en el imaginario colectivo y no otras. Son estas redes, y las económicas, las que están detrás del diseño final y no las supuestas herencias históricas o esencias nacionales. Habría que prestar especial atención a las redes burocráticas eclesiásticas, a la forma de reclutamiento de sacerdotes, a los ámbitos que abarcaban los seminarios... No en vano, como ya se dijo antes, fueron los sínodos de la Iglesia tardo-medieval los primeros en que el término nación tuvo un sentido jurídico-administrativo.

Una red burocrática es, además, una red jerarquizada, con núcleos de concentración de poder que se distribuyen de forma escalonada por el conjunto del territorio, desde la capital central hasta los pequeños centros locales. Cada uno de estos núcleos, unido con los demás por líneas visibles e invisibles, actúa como receptor del inmediatamente superior y difusor de cara a los inferiores. Esto tuvo una importancia decisiva con el desarrollo de los primeros impresos periódicos, que utilizaron las viejas redes de distribución burocrática, de forma que los grandes centros burocráticos se convirtieron también en grandes centros de distribución de ideas a través de la prensa, colaborando a la homogeneización de un espacio que no se correspondía ni con el de la cristiandad ni con el comarcal, una comunidad imaginaria de lectores que era nacional.

Este último aspecto merece que se le dedique un poco más de espacio. Hace ya casi medio siglo Karl Deutsch³¹ lla-

³⁰ Es muy reveladora a este respecto la interpretación que hace Anderson. ANDERSON, 1983, sobre el desarrollo de identidades nacionales diferenciadas de la peninsular entre los grupos de criollos de la América española, excluidos, a pesar de su común origen, de determinados puestos burocráticos en el entramado de la monarquía hispánica.

³¹ DEUTSCH, 1966.

mó la atención sobre la importancia que el desarrollo de las comunicaciones de masas tuvo en la formación de las naciones. La aparición de las primeras gacetas y después de los periódicos y revistas ilustradas tuvo un importante papel en la uniformación en el interior de las nuevas entidades nacionales y de heterogeneización hacia el exterior. Crearon imágenes, visuales y escritas, del territorio nacional, de su historia, de sus paisajes, de sus ciudades, de sus costumbres, de sus tipos populares... Delimitaron lo que era nacional y lo que no. Tenemos en ellos una huella preciosa y precisa de cómo se construyó el imaginario nacional y de sus rasgos más relevantes y significativos. El estudio de estas imágenes y de la forma en que fueron ordenadas es algo así como la crónica de la invención de la nación. Pero no sólo eso, una gaceta, un periódico o una revista, son como una red invisible de pertenencia, la forma en que se crea una red de lectores de ámbito nacional permite ver también los avances en la construcción de la nación. La difusión geográfica de los periódicos o la forma en que las capitales extienden su público de lectores a los últimos rincones del país, es también un reflejo de cómo la nación se construye.

Y por último, y no en importancia, los mapas, la forma como el territorio nacional es visualizado. Una nación es una historia y un territorio, la tierra y los muertos. Recrea simbólicamente un sentido de pertenencia fuertemente territorializado. Pero el territorio de la nación, a diferencia de lo que ocurría con las viejas divisiones comarcales, no es visible en su totalidad. La forma en que la nación se visualiza físicamente crea también identidad. No sólo a través del mapa, sino de la construcción de un paisaje nacional, muchos de los primeros mapas incluyen representaciones de monumentos históricos o naturales, lo mismo hacen los grabados, las litografías, los cuadros de vistas y paisajes... todo un universo de imágenes que nos dice también cómo se construyó la nación. La territorialización de la nación es particularmente importante en sociedades como las hispanoamericanas en las que la concepción genealógica, los muertos, se enfrentaba a un doble problema, hacia fuera,

el de élites que compartían herencia cultural y biológica más allá de las fronteras nacionales; hacia adentro, el de la existencia de fenotipos raciales dentro de las fronteras nacionales claramente diferenciados. La primacía de la tierra sobre la sangre solventa ambos problemas,³² de aquí la importancia que la “invención” de un territorio nacional tiene en la construcción nacional de muchos de estos países.

Éstas, de las que aquí se ha hecho una enumeración no exhaustiva, son algunas fuentes que nos deben permitir reconstruir las formas en que las naciones fueron erigidas en el ámbito hispánico. Sin embargo, parece necesario resaltar que no estamos sólo, ni siquiera fundamentalmente, ante un problema de fuentes, sino desde la perspectiva historiográfica, ante otro mucho más complejo de objetivos y metodología.

El objetivo no es descifrar cómo se construyó una “realidad”, algo medible y observable, sino cómo se construyó un universo simbólico e imaginario que existió únicamente en la conciencia de los actores sociales.³³ Para un objetivo como el que se acaba de enunciar, y pasamos a la metodología, los métodos historiográficos tradicionales apenas nos sirven. No hay documentos que nos digan qué día se construyó la nación ni cómo ésta se difundió por el cuerpo social. No hay fuentes, sino “vestigios”, un término empleado ya hace más de medio siglo por el historiador holandés Gustaaf Renier.³⁴ Vestigios presentes en las diferentes formas de expresión, desde la pintura hasta los discursos po-

³² Para un análisis más detenido de estos aspectos véase QUIJADA, 1994.

³³ Sin que este carácter imaginario y simbólico impida, por supuesto, que tenga eficacia social, que “exista” como realidad social. La eficacia social de las ideas y representaciones de la realidad, su capacidad para influir sobre el comportamiento de los individuos, no depende de su “realidad”, sino del grado de consenso social existente sobre ellas, salvo en el caso de una hipotética sociedad cuyo universo simbólico fundamental fuese la ciencia. Quizás sea bueno recordar aquí la afirmación de Cassirer de que el ser humano “no vive solamente en un universo físico, sino en un universo simbólico”. Sobre la eficacia social de las ideas no “científicas”, y concretamente de la idea de nación, véase PÉREZ-AGOTE, 1994.

³⁴ RENIER, 1982 (la primera edición es de 1950).

líticos y desde los grabados de la prensa hasta las novelas históricas, que deben permitirnos reconstruir cómo y cuándo la nación se dibujó en el imaginario colectivo de una comunidad y cómo y cuándo llegó a ser hegemónica. Algo así como seguir pistas aparentemente insignificantes para descifrar procesos centrales en la historia de los dos últimos siglos. Un método que, como afirma Carlo Ginzburg,³⁵ constituye todo un paradigma epistemológico para la investigación histórica y que para este caso se convierte casi en imprescindible.

Nuevos usos de las fuentes o vestigios, nuevos objetivos y métodos, éste es el reto historiográfico para describir y explicar la construcción de las naciones en Hispanoamérica. Una historia, en parte ya escrita desde otras perspectivas, pero que ofrece todavía un enorme interés, tanto histórico, ya casi a punto de celebrar el segundo centenario de las independencias los imaginarios colectivos siguen percibiendo éstas como luchas de emancipación nacional; como teórico, una teoría general sobre la construcción de las naciones será siempre incompleta si no incluye en lugar destacado el caso hispanoamericano; y político, el problema de las identidades colectivas y la forma en que son construidas sigue siendo, como ya se dijo al principio, el gran conflicto no resuelto de la modernidad.

Pero quizás, con todo, el gran reto no sea el uso de nuevas fuentes ni la utilización de nuevas metodologías, sino la necesidad de cierto agnosticismo sobre el hecho nacional para enfrentarse a investigaciones de este tipo. La nación no es un capricho histórico, es una respuesta a los problemas de identidad generados por la modernidad, a la intemperie identitaria generada por ésta. La fe en la nación permite a los individuos, incluidos los historiadores, “olvidar su contingencia, olvidar que son parte del flujo de la historia, que su vida personal es sólo una entre muchas, y ciertamente no la más grandiosa, y que su cultura, la más intrínseca experiencia de sí mismos como seres sociales, no es natu-

³⁵ GINZBURG, 1994.

ral, sino inventada".³⁶ Sería necesario no creer en la nación para poder enfrentarse al estudio de la historia de su construcción libres de prejuicios. El problema es que el hombre moderno, incluidos los historiadores, y en este caso quizás más que el resto, está construido desde la nación.

REFERENCIAS

ALCALÁ GALIANO, Antonio

1955 *Obras Escogidas*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro

1992 *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*. Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia Española.

ANDERSON, Benedict

1983 *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.

ANNINO, Antonio, Luis CASTRO LEIVA y François-Xavier GUERRA (dirs.)

1994 *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: Ibercaja.

ARMSTRONG, John

1982 *Nations before Nationalism*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

BENNASSAR, Bartolomé

1989 *Historia de los españoles*. Barcelona: Crítica.

BREUILLY, John

1990 *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Pomares-Corredor.

Consideraciones

1848 *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año 1847*. México.

³⁶ JUSDANIS, 1990, p. 165.

DELANNOI, Gil

- 1993 "La teoría de la nación y sus ambivalencias", en DELANNOI y TAGUIEFF, pp. 9-17.

DELANNOI, Gil y Pierre-André TAGUIEFF (comps.)

- 1993 *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Paidós.

DEUTSCH, Karl

- 1966 *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*. Cambridge: The Technological Press of Massachusetts Institute of Technology-John Wiley and Sons-Chapman and Hall.

FRANCIS, Emerich K.

- 1976 *Interethnic Relations: An Essay in Sociological Theory*. Nueva York: Elsevier.

GELLNER, Ernest

- 1997 *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.

GINZBURG, Carlo

- 1994 *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.

GREENFELD, Liah

- 1992 *Nationalism. Five Roads to Modernity*. Cambridge, Mass., Londres: Harvard University Press.

GUERRA, François-Xavier

- 1992 *Modernidad e independencia*. Madrid: Mapfre.
1994 "La desintegración de la Monarquía hispánica: revolución e independencia", en ANNINO, CASTRO LEIVA y GUERRA, pp. 195-258.

HASTINGS, Adrian

- 1997 *The Construction of Nationhood. Ethnicity, Religion and Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.

HÉMOND, Aline y Pierre RAGON (coords.)

- 2001 *L'image au Mexique. Usages, appropriations et transgressions*. París: Centre d'Études Mexicaines & Centraméricaines-L'Harmattan.

HOBBSAWM, Eric J.

- 1991 *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.

- HOBBSAWM, Eric J. y Theodore RANGER (COORDS.)
 1983 *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HROCH, Miroslav
 1985 *Social Preconditions of National Revival in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- JUSDANIS, Gregory
 1990 *Belated Modernity and Aesthetic Culture. Inventing National Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- KAMEN, Henry
 2003 *Imperio. La forja de España como potencia mundial*. Madrid: El País-Aguilar.
- KAMENCA, Eugene (coord.)
 1973 *Nationalism, the Nature and Evolution of an Idea*. Londres: Edward Arnold Ltd.
- KEDOURIE, Elie
 1960 *Nationalism*. Londres: Hutchinson.
- KOHN, Hans
 1944 *The Idea of Nationalism. A Study in its Origins and Background*. Nueva York: Macmillan.
- MARAVALL, José Antonio
 1986 *Estado moderno y mentalidad social*. Madrid: Revista de Occidente.
- MUÑOZ PÉREZ, José
 1987 "Los catecismos políticos: de la Ilustración al primer liberalismo, 1808-1922", en *Gades*, 16, pp. 191-217.
- OFFE, Claus
 1998 "Homogeneity and Constitutional Democracy: Coping with Identity Conflict through Group Rights", en *Journal of Political Philosophy*, 6:2, pp. 113-141.
- PÉREZ-AGOTE, Alfonso
 1994 "16 tesis sobre la arbitrariedad del ser colectivo nacional", en *Revista de Occidente*, 161, pp. 23-44.
- PÉREZ VEJO, Tomás
 1999 *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*. Oviedo: Nobel.

- 1999a “La pintura de historia y la invención de las naciones”, en *Locus: Revista de historia*, 5, pp. 139-159.
- 1999b “La Conquista de México en la pintura española y mexicana del siglo XIX: ¿dos visiones contrapuestas?”, en *Atropología. Boletín Oficial del Instituto de Antropología e Historia*, 55, pp. 2-15.
- 2001 “Pintura de historia e imaginario nacional: el pasado en imágenes”, en *Historia y Grafía*, 16, pp. 73-110.
- 2001a “Les expositions de l'Academie de San Carlos au XIX^e siècle. L'iconographie de la peinture d'histoire et “l'invention” d'une identité nationale au Mexique”, en HÉMOND y RAGON, pp. 211-233.
- PLAMENATZ, John
- 1973 “Two Types of Nationalism”, en KAMENCA, pp. 23-36.
- QUIJADA, Mónica
- 1994 “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario decimonónico hispanoamericano”, en GUERRA y QUIJADA (COORDS.): *Imaginar la nación*. Número monográfico de *Cuadernos de Historia Latinoamericana*, 2, pp. 15-51.
- RENIER, Gustaaf Johannes
- 1982 *History, its Purpose and Method*. Macon, Ga.: Mercer University Press.
- SETON-WATSON, Hugh
- 1977 *Nations and States. An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*. Londres: Methuen.
- SMITH, Anthony D.
- 1976 *Las teorías del nacionalismo*. Barcelona: Península.
- 1986 *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Basil Blackwell.
- 1991 *National Identity*. Londres: Penguin.
- 1994 “Tres conceptos de nación”, en *Revista de Occidente*, 161, pp. 7-22.
- TURNER, Victor
- 1967 *The Forest of Symbols, Aspects of Ndembu Ritual*. Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- WEBER, Eugen
- 1976 *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*. Stanford: Stanford University Press.